

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA: EL NECESARIO PENSAMIENTO DE DERECHAS

DARÍO
RUÍZ
GÓMEZ

Con Nicolás Gómez Dávila podemos decir, aun cuando suene a pleonasma, que el origen de su pensamiento es el origen del pensamiento. La filosofía, recuerda Roberto Calasso, siempre parte de cero. Quien se ha hecho a sí mismo sujeto pensante es porque se ha reconocido en un itinerario de preguntas que el proceso de pensar irá deshilvanando en la medida en que el pensamiento no es lineal y surge cuando surge el interrogante, la vacilación que conmueve o afirma lo pensado. El proceso de Gómez Dávila es en este sentido un proceso de aproximaciones y tanteos, de contradicciones y aporías no resueltas, lo que lo llevará a exponerlas, pues quien expone está diciéndonos que su duda debe ser nuestra duda, ya que exponer es desencajar, demoler, rehuir el halago de la certidumbre, la pedagogía de esas filosofías que tratarán, anticipadamente, de convencernos de que hay salvación.

La biblioteca se convierte entonces no en ese peso muerto que remitiría a una apolillada erudición, sino que se transforma en una referencia viva y candente de aquello que se busca: de la intuición se pasa a la profundización de los interrogantes en un proceso de encontrar puntos de arranque, constataciones o equivocaciones, gracias a las cuales cada texto recuperado adquiere una inesperada vigencia. El rastro de un pensamiento que de sopetón viene a iluminar las sombras del presente es ya un resquicio que se abre en textos clausurados por el conformismo y la desidia. Recordemos a este respecto la tarea mayúscula de Giorgio Colli sacando a la luz el conocimiento vivo de una tradición necesaria que la pereza académica había olvidado. El escolio como la idea de un texto que se escribe al margen de los textos canónicos remite a la imagen del palimpsesto, a esa glosa que nace de una observación soberana y que intenta agregar nuevos significados a los significados primordiales del origen.

Se sitúa en este punto la discusión sobre el supuesto anacronismo del pensamiento de Gómez Dávila, enfocada, claro está, desde la óptica de un supuesto pensamiento progresista de izquierdas y, sobre todo, desde el punto de vista del marxismo-leninismo bajo la idea de Marx de que si la filosofía se contentó con ser una mera explicación de la realidad, ahora debe tratar de transformar el mundo a partir de la revolución proletaria. Con lo cual, y de manera tajante para la filosofía, ya no existe el individuo, el sujeto que piensa bajo su responsabilidad, y, simplemente, se pone al servicio de la praxis política. Solamente el realismo mágico podría explicar el hecho de que aún hoy en Colombia este marxologismo haga presencia, ya degradado hasta lo caricaturesco, como el argumento de juicio desde el cual se juzga a un hombre y un pensamiento calificándolo de reaccionario o de revolucionario y decretando el silencio sobre lo que el activismo político califica de reaccionario. En este sentido, la crítica que Gómez Dávila hace del comunismo es, entonces, la crítica a una idea sobre la realidad social degradada rápidamente en dogma intolerante, en refugio de activistas sin imaginación que pretendieron, a través de la lucha armada, darle una supuesta lógica a la Historia y una respuesta definitiva a las preguntas eternas del ser humano mediante la panacea de una supuesta sociedad sin clases.

¿No han hecho una crítica demoleadora del comunismo, a partir de dolorosas experiencias personales, pensadores como Merleau-Ponty, Camus, Koestler, Cioran, Milosz o Todorov? Colocar a Dios en el centro de su pensamiento constituye, frente a ese “progresismo” que pretendía hacer tabula rasa de la herencia cultural de Occidente, la restitución de la metáfora primordial de la cultura occidental a través del cristianismo, como oposición radical al intento de destruir la noción del individuo como sujeto responsable, la destrucción de lo sagrado como construcción necesaria de la relación del hombre con la tierra y el cosmos y generadora de una ética. El

Dios de Gómez Dávila es el Dios de San Agustín, de Santo Tomás, de Abelardo, de San Isidoro de Sevilla, ese Dios que está como artífice de la poesía del románico, de lo sublime del gótico, ese Dios que responde con la magnificencia del barroco a la torturada austeridad del puritanismo protestante. Es aquí donde el pensamiento de Gómez Dávila hace más afirmativo su nexos necesario con esta herencia sin la cual no podría explicarse la filosofía moderna, la noción del individuo como indagación permanente sobre el ser y el existir, sobre las paradojas de la virtud y la tarea de la poesía como posibilidad de rescate de las imágenes perdidas. O sea, sobre la necesidad de la belleza como presencia viva del espíritu. ¿No es el concepto de “la noche oscura” de San Juan, como el adentrarse en uno mismo, el asomarse primero a nuestras profundidades, lo que plantea la individualidad del conocimiento?

Cabe aquí la necesidad de un rigor semántico para no identificar este catolicismo con las perversiones a que lo sometió el ultramontanismo, la beligerancia del clero por encima de las doctrinas de la Iglesia y cuya nefasta influencia propagó la abominable idea de que mantener en la ignorancia a los fieles —curiosamente algo similar a lo que después propugnarían los regímenes comunistas— era preservarlos de caer en el error, en los peligros de la cultura. Nada tiene que ver el catolicismo de las grandes preguntas y los grandes desafíos con esta perversión ideológica que, curiosamente, renueva en nuestros días el dogmatismo comunista con su odio a lo que considera el subjetivismo pequeño burgués. Y nada tiene que ver el catolicismo de Gómez Dávila con la derecha fascista de la acción francesa pero sí con el pensamiento de Pascal y con el catolicismo que desde el siglo XIX se convierte en réplica al materialismo científico, al materialismo marxista y, sobre todo, al nihilismo. Cuando Gómez Dávila declara que “el catolicismo es mi patria”, se está refiriendo claramente a esta tradición donde, frente a la muerte de Dios como condición de lo moderno, se

cierran los caminos a la esperanza del ser humano reducido a teorías abstractas, abocado al holocausto irremediamente.

El catolicismo es la universalidad —ser católico y romano en una comunión— concedida al alma de todo ser, que no diferencia ricos de pobres, que le concede al más olvidado de los seres humanos la comunión en una participación renovada y permanente, mientras que el marxismo solo tiene en cuenta a la clase obrera como una clase internacional, y únicamente reconoce en el proletario a una identidad que es política pero no humana. El catolicismo es la única religión donde conviven los extremos de la ortodoxia y la heterodoxia, el desafío del blasfemo y la sensualidad del amor a Dios, como en la Santa Teresa de Ávila de Bernini. Gómez Dávila se reconoce entonces en este individualismo que desde Abelardo hasta Montaigne levanta los ojos al cielo y pregunta por el rostro de Dios. Es aquí donde se puede pregonar un concepto de aristocracia referido al elegido que sabe llevar hasta sus últimas consecuencias el itinerario de preguntas que lo ha lanzado para siempre a adentrarse en la noche oscura que supone todo proceso de conocimiento. Y el elegido es aquel que frente a la vulgaridad reinante sabe que la prudencia y la modestia son los mejores argumentos para no caer en distracciones que lo aparten de ese estar en sí mismo.

No hay que olvidar que con la incorporación de un yo que se define moralmente irrumpen las pasiones tristes como la envidia, el rencor, pero también la compasión, la piedad, límites, fronteras, extramuros del alma. “La tolerancia, la benevolencia —señala Gómez Dávila—, la simpatía indiferente, la amplitud y la plasticidad de la inteligencia, quizás impliquen una lamentable degradación del carácter”. Es la reacción lógica de un gran espíritu ante la medianía que acecha. Precisamente, E. R. Curtius recuerda que lo propio del odio español hacia la inteligencia se da como “aristofobia”. El gracejo, el chiste malintencionado, muestras de la supuesta ingeniosidad de los infiernos municipales, armas de los espíritus menores

encarnados por la pseudointelectualidad, van adoptando en el tiempo diferentes rostros, pero la inquina, la animosidad del mediocre siempre son las mismas. Ante ideólogos de ocasión, cronistas amables, o sea, nuestro cuadro intelectual de siempre, la cólera moral ha sido desconocida, la ira del ofendido ante la medianía. Gómez Dávila es heredero de la cólera de un León Bloy, del catolicismo sublime de Charles Peguy, incendiarios defensores de la fe católica, de la reivindicación de Dios frente al caos organizado de los anarquistas y revolucionarios, de los defensores de una ciencia atea, caminos hacia el gregarismo, hacia la sumisión, hacia los *pogrom*.

El señalamiento de que Gómez Dávila es ajeno a las circunstancias sociales y políticas de su tiempo no es cierto, desde luego, y está basado en la desgastada idea marxológica de que el pensador, como ser histórico, debe hacer parte de la acción política y no sustraerse a pensar, solamente. Combatir el fanatismo religioso, el ultramontanismo clerical que llenó de cementerios la geografía del país, fue una tarea que su pensamiento llevó a cabo recordando siempre la vigencia de este catolicismo capaz, como en León Bloy, de criticar abiertamente al Papa León XIII, y lo continuó haciendo frente a las perversiones que su lucidez le permitió detectar a tiempo en el revolucionarismo comunista y su idea de lucha armada, en las falsedades de textos doctrinarios donde se disfrazaba una desconocida y aterradora capacidad de justificar el terrorismo como parte de las estrategias de guerra. Recordemos la energía moral de un Jacques Maritain condenando abiertamente cualquier totalitarismo. “Actuar sobre la Historia —nos recuerda Gómez Dávila— no es tanto modificar acontecimientos prácticos como acuñar en un gesto, en una obra, en un libro, un significado eterno”. Feliz coincidencia con la concepción que Walter Benjamin tiene de la historia: “salvar un recuerdo que está en peligro”.

Confundir la filosofía con la actividad académica de los llamados filósofos es

un error muy frecuente en nuestro mundo académico, pero en nuestro mundo revolucionario lo sigue siendo el confundir el pensamiento con la sociología política, con la llamada politología, disciplinas encargadas de clasificar a los seres humanos para negar su libre albedrío porque la historia propiamente dicha se pone de manifiesto a través de silenciosos efectos colaterales, de derrumbes espirituales, de sofocados sollozos que solo detectan los poetas perseguidos o los pensadores negados. El ojo que observa desde las sombras, oculto a la multitud vulgarizada, descubre y pone de manifiesto desde su libertad conquistada la farsa cruel de una historia planteada como una presunta ciencia que obedece a leyes inmutables. ¿Contra quién van los dardos que dispara la ironía de Gómez Dávila sino contra aquellos que bajo un lamentable mesianismo lanzaron a la muerte a millones de personas?

Se da una feliz coincidencia entre esta ironía que sacude la pereza mental de los comisarios criollos y la arrogancia con que Karl Kraus enfrenta y desnuda los vicios de una sociedad lanzada al abismo, con que analiza las raíces del provincianismo satisfecho, raíz misma del mal, con que analiza las perversiones implícitas en la retórica política que utiliza el nombre del pueblo, de las masas, para sus propios fines. Esta visión crítica es lo propio de la filosofía como necesidad de constatar un estado real de los hechos, las falencias pero también los logros del pensamiento en su lucha contra lo inhumano. En lo humano se da siempre la mueca de la amargura que viene de las comprobaciones de la finitud, de la imagen inevitable de la muerte, de la tarea kierkegaardiana de saber que Dios no existe como

algo dado sino que constituye una búsqueda permanente de Él en nosotros.

El pensamiento de Gómez Dávila se inscribe no en el anacronismo —como lo es hoy el mesianismo comunista— sino en la anacronía que es el rescate consciente de los valores que continúan vivos y nos son necesarios para aclarar el presente. “Católico y latino, le horroriza el desorden, el desequilibrio, el sentimentalismo, el espíritu protestante y revolucionario”. Esta definición que hace Jacques Maritain de León Bloy, citado en los *Diarios* de este, es, creo, la definición más acertada de lo que es Nicolás Gómez Dávila. Una de las características de la manera como el consumismo actual ha ido degradando el lenguaje es la manera como se recurre al eufemismo para no decir la verdad, como se recurre al cliché para evitar la tarea de buscar la verdad mediaticada por la publicidad. Rótulo al uso es el aireado cliché del llamado derecho a la diferencia por parte de minorías étnicas o sexuales atomizadas. ¿De qué manera puede Gómez Dávila reclamar el derecho a la diferencia de un pensamiento que radicalmente se opone a esa medianía? ¿Por qué el ensañamiento del extremismo de izquierda contra este pensamiento que efectivamente conmueve sus ideas y creencias? Hay en este pensamiento un desafiante individualismo que naturalmente ofende a ese conformismo político que pasó de las exigencias de la dialéctica a la religión atea de un comunismo sin imaginación. ¿No estará al fondo de estos *Escolios* la presencia inconfesada de *El único* de Stirner, ese texto incendiario, admirado pero prohibido por pensadores como Marx y por la decencia burguesa desde el siglo XIX? ■



Darío Ruiz Gómez (Colombia)

Cuentista, poeta, novelista y ensayista. Su más reciente publicación, la antología de sus cuentos hecha y traducida por Peter Schultze-Kraft y lanzada en Berlín en 2012.